

SI YO TE CONTARA...

JULIO FRISÓN

SI YO TE
CONTARA...



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salvavid Asociados

Primera edición: mayo de 2015

© Julio C. Frisón, 2015

© Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso, unidad C
C1054AAT Capital Federal, Buenos Aires
Tel. (11) 43 933 432
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-1234-8

Impreso en Encuadernaciones Huertas

Depósito legal: B 10083-2015

Impreso en España

Para mi mujer, Margarita.

I

El «Shanghái»

Su nombre era lo que más excitaba mi imaginación, llevándola a evocaciones exóticas. También el rítmico ruido de las ruedas sobre las juntas de los rieles, cada vez más lento hasta que el convoy se detenía y dejaba de sonar. El resto de aquel decorado de nubes de vapor, el silbido bronco, desafiante, la soberbia máquina motriz y aquella larga hilera de vagones que componían el convoy, no hacía sino sumar estímulos a la fantasía.

Durante los años cincuenta, circulaba en España un tren desde Barcelona a La Coruña al que se conocía como el *Shanghái*. Este tren expreso se inauguró en 1951 y la duración de su trayecto, desde su origen hasta el destino final, era de unas treinta y seis horas. Dicen que el sobrenombre, con el que todo el mundo lo conocía, se debe a la broma de un ferroviario. Se anunció así, remedando al ferrocarril de la película estadounidense *Shanghai Express*, protagonizada por Marlene Dietrich y dirigida por Josef von Sternberg. Este film de género dramático se estrenó en 1932 y fue famoso en la época. Refería los innumerables avatares de aquel larguísimo viaje en el que se mezclaban la aventura y el romance. En el caso del tren español, el nombre ironizaba con los retrasos y diversos contratiempos que solían sufrirse durante su trayecto.

Mi familia y yo tomábamos el *Shanghái* muy temprano, en Zaragoza, donde hacía una generosa parada. Nos apeábamos en León, para pasar la noche. Al día siguiente, de mañana, embarcábamos en otro tren que nos llevaba a Oviedo, objetivo de aquel viaje inacabable. Íbamos mi hermano menor y yo con nuestros padres para visitar a los abuelos maternos. La última vez que viajé en aquel tren, fuimos solos mi madre y yo, para acompañar a mi abuela y atenderla en su enfermedad. Después de su muerte, no volvimos nunca más.

Yo era todavía un niño, pero ya había comenzado a alimentar mi fantasía con las aventuras de Emilio Salgari o Julio Verne. En esa época, comencé a padecer una verdadera obsesión por la lectura. Solía perderme con facilidad por los fantásticos vericuetos de viajes ultramarinos, personajes insólitos, naufragos solitarios en islas remotas, búsqueda de ruinas o tesoros perdidos.

Los vagones del *Shanghái*, como en casi todos los ferrocarriles de la época, estaban divididos en clases. Los de primera clase, naturalmente más caros, tenían los asientos tapizados con tejidos suaves y tapetes en los respaldos. Los de segunda clase estaban cubiertos de tela barnizada con gutapercha, amarronada y tosca. Los de tercera, casi siempre rebosantes de pasajeros, tenían los asientos de madera.

Nosotros viajábamos en los de segunda clase, como correspondía a nuestro nivel social, o más bien económico, con un coste intermedio. No solíamos cargar con demasiado equipaje, pero nunca faltaba una gran bolsa en la que mi madre llevaba perfectamente ordenadas varias

fiambreras de aluminio y un termo. Casi todo el mundo llevaba su comida, porque el viaje era muy largo y las paradas en las diversas estaciones del recorrido tenían una duración impredecible. Por otra parte, no eran tiempos de bonanza. Debían de evitarse los gastos innecesarios en las cantinas de las estaciones que, además, no estaban demasiado surtidas. Las viandas siempre eran las mismas: tortilla de patatas, algún tomate, filetes de carne empanados y huevos duros. En el termo había agua de limón, pero a veces comprábamos gaseosa a los vendedores ambulantes que caminaban por el andén en las paradas ofreciendo refrescos. La exuberante abundancia de provisiones de algunos pasajeros, sobre todo entre los de tercera clase, era muy llamativa. Enormes paquetes de papel de estraza o de periódico, gra-sientos, llenos de embutidos, hogazas de pan, tarteras, frutas y botellas o botas de vino. En la segunda clase todo parecía más discreto. En la primera, a la que el acceso solía estar vedado para los usuarios de las otras clases, sólo se intuía penumbra y un silencioso recogimiento distante.

Me gustaba deambular por los vagones e incluso sentarme al lado de otros pasajeros y entablar conversación con ellos. Al rato, mi padre venía a buscarme. Se disculpaba con aquellas personas por las molestias que podía haberles causado y volvíamos a nuestros asientos. Creo que me atraía la idea de estar solo en aquel tren. Como si de esa forma fuera ya un adulto independiente. Recuerdo que una vez estuve hablando con dos monjas un buen rato. Por suerte iban sentadas cerca de nosotros, en el mismo vagón, y mis padres me veían desde sus asientos. Las dos fueron

muy amables y también charlaron animadamente. Sobre todo la más joven. La otra era de la edad de mi madre; hablaba menos, pero sonreía. Ambas llevaban un hábito negro. Las tocas blancas y rígidas no les permitían mover el cuello con naturalidad, y sus gestos me parecían extravagantes. Si giraban a un lado la cabeza, sus rostros quedaban ocultos tras el ala del tocado.

Cuando estaba con mi familia, me gustaba bajar la ventanilla y mirar el paisaje. El viento me daba en la cara, mientras mis padres insistían en que la cerrara para evitar la carbonilla. Aquellos pequeños fragmentos de carbón danzaban en la columna de humo que despedía la máquina, y su recorrido era impredecible. Algunas llegaban apagadas, otras brillando aún, antes de consumirse en el aire. Si mirabas en el sentido de la marcha, era casi inevitable que alguna de ellas te entrara en los ojos, irritándolos y haciéndote lagrimear. Era menos peligroso mirar al frente con los párpados entrecerrados, o bien mirar hacia atrás. Mi madre, insistiendo en que no sacara tanto la cabeza, me limpiaba los ojos enrojecidos con un pañuelito que siempre llevaba oculto bajo la manga de la camisa.

—Hijo, por Dios, tienes que tener cuidado. Este ojo está muy irritado. A ver, déjame ver —repetía, mientras me apartaba ligeramente el párpado con un dedo y acercaba una esquina del pañuelo buscando motas de carbonilla.

Después de horas y horas de viaje, ya de noche, llegábamos a León. Nos alojábamos en una pensión muy cercana a la estación que se llamaba Río Luna. En las mesas del comedor, donde cenábamos, había manteles de tela

blanca. Al acabar, sin sobremesa alguna, nos retirábamos a las habitaciones para dormir, pues estábamos muy cansados. A la mañana siguiente, después de asearnos y desayunar, esta vez sobre manteles de papel, volvíamos a la estación para reanudar el viaje.

Esta segunda parte era más corta. El tren atravesaba largos túneles que alternaban con riscos afilados y prados cubiertos de hierba, casi siempre bajo una llovizna suave. En ese tramo del viaje, mi madre se quedaba abstraída mirando aquellos prados de su tierra natal con un gesto de añoranza. Así, al mediodía, llegábamos a Oviedo.

A mí me gustaba más el paisaje del día anterior, entre Zaragoza y León. Lo recuerdo estepario, bronco y ascético. Una inmensa llanura de colores terrosos y ocres salpicada de manchas violáceas.

El último viaje, cuando íbamos mi madre y yo solos, fue en otoño. Las nubes, espesas y altas, dejaban pasar una luz grisácea. A lo lejos, de vez en cuando, se veían pequeñas poblaciones difuminadas, algún caserío solitario y galpones aislados. Estaba asomado con la ventanilla abierta, pensando que en aquel páramo inmenso sólo podría ocultarme en mí mismo. El único rincón en el que era posible recogerse de aquella inmensidad era ensimismándome en mis pensamientos. Un espacio solitario en medio de aquella soledad nostálgica. De repente, sentí una gran tristeza. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Llorando aún, cerré la ventanilla.

—Me ha entrado carbonilla —le dije a mi madre, mientras ella, mirándome con una leve sonrisa melancólica, buscaba su pañuelito bajo la manga.

II

El obispo muerto

Recuerdo muy bien cómo surgió la idea, hace mucho tiempo. Margarita y yo íbamos a Ventalló por la autopista, flanqueada por ejércitos de chopos. Desde la salida de La Escala, una carretera solitaria nos introdujo definitivamente en la mañana, entre girasoles y pinos cuyas copas, obedientes al viento del mar, dibujan el gesto ceremonioso de ceder el paso.

El paisaje ampurdanés es agreste y a la vez ordenado, feraz como si no lo fuera, con la atmósfera cargada de matices mágicos. Detuve el coche para escuchar los sonidos del campo; incluso los aromas de la tierra sonaban, envueltos en la luz que caía sobre nosotros. A lo lejos, el valle salpicado de viejos olivos, algunas casas de labor, cultivos... Un tractor que se movía con lentitud sobre el rectángulo cárdeno, aireando la tierra. En el horizonte, la montaña azul con perfil de obispo muerto; clérigo mitrado, yacente, las manos juntas sobre el pecho y el dedo índice enjorjado de rocas.

La silueta del obispo de piedra me hizo recordar al profesor de geografía de mi niñez. Su cara era simple, los elementos que le caracterizaban el rostro se ordenaban con sencillez, sin distancias exóticas ni relieves llamativos, ausen-

tes de rasgos especiales, coloraciones o tamaños que implicaran peculiaridad alguna. Tenía el cabello blanco, escaso, y sus ropas eran comunes. Hablaba con un tono de voz neutro, pero con sus gestos parecía hurgar en las palabras para extraer perfiles. Una extraña cualidad volátil de los dedos que oscilaban en el aire como si las manos fueran de humo.

Con el infinito repertorio de su gestualidad podía inculcar extraordinarias resonancias. Un abanico tan extenso como sutil para sugerir misterios, evocaciones místicas, el carácter de ciertas costas, ciudades, ríos o desiertos.

Aquella mañana, detenidos frente al paisaje, me pareció volver a verlo enumerando los distintos movimientos del globo terráqueo.

Dijo la palabra «globo» mientras rodeaba una esfera imaginaria con el hueco de ambas manos. Después de acariciar su superficie, con la maestría de un ilusionista, la dejó flotar en el espacio. Ahí estaba el planeta Tierra, aunque no pudiéramos verlo.

—La Tierra tiene tres movimientos. El primero de ellos, de menor a mayor cuantía, es un ligero balanceo.

Hizo oscilar las muñecas a los lados. Un ademán de letra pequeña que repitió varias veces. Luego se detuvo y continuó refiriéndose al de rotación.

—Ese movimiento lo efectúa alrededor de su eje polar y es responsable de la sucesión del día y la noche —explicó mientras señalaba con el dedo índice un círculo ecuatorial que recorría una y otra vez.

Para finalizar, separando el brazo en un arco, lo prolongó con la palma abierta de la mano:

–El tercer movimiento es el de traslación alrededor del Sol. Gracias a este movimiento podemos gozar de las cuatro estaciones del año.

De repente, comencé a imaginar lo que pasaría si se detuviera la rotación de la Tierra, es decir, si dejara de girar alrededor de su eje y las doce y media de la mañana fueran, definitivamente y para siempre, las doce y media de la mañana, bajo el sol de primavera o de verano, en invierno... Los otros dos movimientos continuarían mientras la Tierra seguiría con un leve cabeceo el largo recorrido de traslación alrededor del sol, expuesta a la luz con la misma superficie, o dándole la espalda perpetuamente con su cara opuesta.

Sin detenerme a reflexionar sobre algo que mucho más adelante se revelaría como erróneo, seguí fantaseando. Semejante fenómeno traería funestas consecuencias, tanto para aquellos que quedarán sometidos a una noche inabarcable, como para los que quedarán sujetos de forma invariable a la luz diurna, separados por las fronteras del ocaso estático y la alborada quieta, entre colores inciertos. Extraordinaria catástrofe que a corto plazo sumiría a la Humanidad, es más, a todos los seres vivos sobre la Tierra, en una situación insostenible. Cualquier tornado, inundación o terremoto, incluso de notable intensidad, fuera de las escalas, sería pequeño comparado con un fenómeno de tal naturaleza. Un caos devastador que, sorprendiendo a los más íntimos mecanismos vitales, los resentiría en su carácter cíclico. Tal vez ciertas formas elementales podrían sobrevivir algún tiempo bajo el exceso de luz, sofocada la

tierra, o en una perpetua oscuridad, palideciendo hasta la última molécula. Pero ¿qué ocurriría con la humanidad, los animales y las plantas, reducidos para siempre al día o la noche?

Al continuar nuestro camino, más allá de los pinos y su ademán versallesco, la mano del obispo se hizo ubre. El anillo se convirtió en otra joya. Pueblos de piedra inmóviles, campos de alfalfa ondulantes, frutales listos para estallar. Los olivos atornillados en el aire, una masía blanca, adelfas en flor... Después, algunas gaviotas abandonadas sobre los trazos del viento. Enseguida, el mar y su orla de ruinas inmemoriales. La arena competía con los tamarindos mientras la calima temblaba sobre las olas. En el horizonte, la joya era ahora una fortaleza.

El fin de semana acabó con la melancolía del domingo por la tarde en la autopista repleta de faros encendidos. Durante los días siguientes, pasé muchos ratos abstraído en la idea de que el movimiento de rotación de la tierra se detuviera. Decidí desarrollar una trama argumental, tal vez una novela, pero sobre todo me preocupaba el comienzo. Conseguir que las primeras líneas fueran contundentes, adhesivas, para que el lector se quedara pegado a ellas. En los párrafos iniciales ha de estar el imán que atraiga y fije al lector hasta el final. Algunos editores han confesado que desechan textos tras hojear la primera página, pero no sólo piensan así los mandarines del mundo editorial. Cualquiera-

ra de mis amigos lectores suele repetir que se ha quedado enganchado con tal o cual libro. Por el contrario, si no atrapan desde el comienzo, tras unas cuantas páginas, se les cae de las manos, como si se tratara de un peso insoportable que acaban por dejar de lado sin reparo alguno.

El comienzo de la historia debía ser inopinado y contundente. Violentar por sorpresa al lector con un conflicto en el que jamás hubiera reparado antes. Un día, que para otros es cualquier noche, sin que nadie haya podido sospecharlo, la Tierra deja de girar sobre su eje. No hay anuncio alguno, previsiones científicas, datos o indicios que puedan poner sobre aviso, alertando sobre algo, por otra parte, impensable. A las doce y media de la mañana, hora oficial supuesta y posteriormente estimada como las doce horas, treinta minutos, once segundos. Algunos dicen que les ha parecido oír una especie de lamento, chirrido sordo, trueno inexplicable desde el horizonte despejado, pero no le dan mayor importancia; uno más de los muchos ruidos que suenan a esas horas. La mayoría no ha oído nada, pero otros, como suelen ser los que no tienen preocupaciones reales o los que, por tener tantas, están dotados de una capacidad de percepción dudosa, conversos del rumor, se vuelven acérrimos defensores de que en efecto se oyó algo, un chisporroteo ronco o un frenazo brusco de un objeto muy grande.

En esto último, no cabe duda alguna, están en lo cierto: la Tierra es muy grande. Todo un planeta capaz de albergar innumerables millones de toneladas de materia sólida, líquida y gaseosa, océanos, continentes enormes, todos los

seres que la habitamos formando parte de la Tierra misma. Parece presumible que, al detenerse en su giro de rotación sobre el eje polar, habida cuenta de su velocidad nada despreciable, por cierto, y del increíble número de miles de milenios que lleva haciéndolo, el frenazo fuera cuando menos audible. Pero si prestamos atención a la inevitable inercia, capaz seguramente de trasladar mares y montañas, mucho más aún, edificios, vehículos o personas, resulta evidente que no tenían razón en lo de brusco pues, en ese caso, todo se hubiera visto arrastrado en una especie de cataclismo, corrimiento o desplazamiento ingente que nadie percibió ni en sí mismo ni en cosa u objeto alguno. Un misterio que no se pudo resolver. La inmensa mayoría de la gente dejó de prestar atención a semejante hecho al poco tiempo, o ni siquiera llegaron a tenerlo presente. El miedo borra las inquietudes menores y, por otra parte, algunos pocos científicos que continúan investigando lo hacen bajo las órdenes de trabajar en todos los frentes imaginables... o guiados por una obsesión enfermiza. ¿Cómo es posible que la Tierra se detenga de un segundo a otro, sin más? Una lentitud extrema podría hacer imperceptible la detención, pero no se detectó cambio alguno hasta la hora fatídica. ¿Están comprobados los aparatos de registro? ¿Qué extraordinario fenómeno puede implicar que se pase del movimiento a la inmovilidad, sin tránsito alguno? Los conceptos de deceleración, inercia, ¡todo al traste!, la física, las matemáticas... Desde ahora, cualquier concepción científica podrá cuestionarse. La enorme catástrofe es irremediable, y su causa carece de explicación. Una catástrofe en estado puro.

Así pues, en contra de las más elementales leyes astrales, contradiciendo la ciencia oficial e incluso a la mente más calenturienta, a la Tierra deja de rotar sobre su eje. No obstante, prosigue describiendo la órbita solar que le es propia, sin salirse ni un ápice de su recorrido de traslación alrededor del sol, ni apartarse de ninguno de los otros planetas del Sistema Solar. Mínima pieza del reloj del universo que detiene uno de sus movimientos, tal vez cansada de ojear a su alrededor sin encontrar ninguna novedad en su entorno.

Se trata de algo utópico, pero qué más da. Se ha fabulado tanto, trayendo a colación circunstancias imposibles... De hecho, podría decirse que un gran número de historias, probablemente las más enjundiosas, están basadas en ubicuidades insólitas, viajes inauditos tanto a los cielos como al averno, metamorfosis, extraordinarios poderes ocultos... La fantasía no tiene límites, y bajo su influjo han corrido ríos de tinta sobre el yermo cotidiano, haciéndolo fructificar con dioses, países quiméricos, héroes, toda clase de mitos, tesoros ocultos, princesas celosamente guardadas, sueños que se hacen realidad y, en definitiva, esperanzas.

¿Cómo iba a suponer entonces que, mucho tiempo después, alguien iba a tener la misma fantasía y, además, escribir sobre ella? Ajeno a estas cavilaciones, me debatí durante las semanas siguientes entre lo verdadero y lo falso, lo verosímil y lo improbable. Seguramente, intentaba

escudar en esos reparos una historia cuyo desarrollo iba a ser más que complicado.

Para unos siempre es de día y ya no saben qué haciendo vueltas por la oficina, en las fábricas... Conductores de autobús agotados de repetir el recorrido que deberían haber terminado... Sin embargo, nunca parece caer la tarde. Los compañeros del turno siguiente están indecisos o caminan hacia los garajes de la Compañía Municipal de Transportes Públicos. La gente, confusa, llega a sus casas porque es la hora de cenar, aunque aún luce el sol. Debe de ser un eclipse, comenta algún avisado. ¡No digas sandeces!, ¿qué clase de eclipse es éste que no borra el sol del cielo, sino que lo hace permanecer inmóvil? Todo el mundo está asustado, pero lo único que se puede hacer es conectar las emisoras de radio, los televisores, ávidos de alguna explicación, entre interferencias y cartas de ajuste. Los comunicados de última hora sólo consiguen aumentar la zozobra: Atención, ciudadanas y ciudadanos; interrumpimos esta emisión musical para informarles de un extraordinario suceso. En este momento, son las veintidós horas y diez minutos de la noche, aunque la hora solar, según nos indican los Centros de Control, corresponde a las doce horas, treinta minutos, once segundos del mediodía. Gracias por su atención. En próximas conexiones les mantendremos informados. Pero... ¡vamos a ver! ¿El mediodía no ha sido siempre a las doce en punto de la mañana? ¡Por eso se llama mediodía!, ¿no? Y ahora resulta que son las doce y media pasadas y también dicen que es mediodía. ¿Habrà alguien con cabeza que controle este tipo de noticias? Los niños ya deberían estar acos-

tados porque mañana tienen que ir al colegio. ¿No lo cerrarán? Es probable que se suspendan las clases hasta que todo quede aclarado. ¿Qué hora tienes tú? ¡Cómo es posible que aún sea de día! Yo tengo las once y media de la noche, es un decir, ¡claro! En realidad son las veintitrés horas con treinta y dos minutos. A continuación, vamos a conectar con nuestro corresponsal en Nueva York. Parece que no tenemos conexión. Volveremos a estar con ustedes en breves segundos. Confusión. Ideas peregrinas. Comienza a vislumbrarse el fantasma de la carencia de abastecimientos. Medidas urgentes. La reunión inaplazable del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Protección Civil, Consejo de Seguridad Ciudadana, con instancia apremiante. Cenáculos. Encuentros. Declaraciones oficiales a base de titubeos, vaguedades e incluso despropósitos, no hacen sino desorientar más a la población. Las calles se han llenado de gente. Cada vez hablan con un tono de voz más alto. ¡Parece mentira! ¡Alguien tendrá que explicar lo que está sucediendo! Los teléfonos no dejan de sonar en las oficinas gubernamentales, y las líneas de información municipal, ambulancias o bomberos se encuentran saturadas. Tanto las comisarías de policía como las emisoras de radio permanecen colapsadas. Algo grave está pasando. Ya se decía que era muy peligrosa la merma de la capa de ozono y tantos ensayos nucleares, el recalentamiento atmosférico, ¡algo tendrá que ver!, aunque nadie acierta a explicarse lo sucedido, pues ninguno parece dispuesto a aceptar que, simplemente, sin ruido ni signo premonitorio que pudiera haberlo hecho previsible, la Tierra ha dejado de girar sobre su eje.

Pero todo eso iba a suceder más adelante. Al principio, poco después de la fatídica detención, sólo un observador minucioso podría percibir algún indicio, sutil sospecha al observar que los viandantes miran sus relojes, al cielo, luego al carillón de la torre de la iglesia, una y otra vez, desorientados. O en la actitud de los niños, siempre incansables, que renquean hasta quedar definitivamente quietos porque ya llevan demasiado rato de recreo, mientras la línea de sombra del edificio de la esquina permanece inmóvil y aquel perro boquea ansioso junto al tronco de un árbol, gira la cabeza a un lado, al otro, husmea alrededor, luego gime, casi de forma inaudible, vuelve a sacar la lengua, otra vez, temblando por una inquietud que siente en la sangre sin saber por qué.

Quería lograr un lenguaje rápido, como si se tratara de los distintos fotogramas de una película. Un ritmo veloz de situaciones en las que se sumara el desconcierto. Por ejemplo, un funcionario de la oficina central de tráfico ferroviario sentado en su butaca giratoria, la mesa cubierta de papeles, varios teléfonos, el ordenador, un cenicero lleno de colillas. Se muestra nervioso porque tiene la sensación de que pasa algo raro. Frente a él, un panel de monitores en cuyas pantallas aparecen distintas imágenes de trenes en movimiento, otros parados, estaciones, desvíos, hangares... Al otro lado, el cuadro electrónico, esquema de líneas férreas salpicadas de puntos luminosos que avanzan o se entrecru-

zan, algunos se detienen, otros siguen adelante. El funcionario se pasa la mano por la nuca y gira la silla hacia el panel. Sucede algo extraño, pero no sabe de qué se trata. Comprueba un documento, mira el reloj de pulsera, después otro reloj sobre la mesa, se lleva ambas manos a la cara y se frota el rostro y luego la cabeza, con los dedos hundidos entre el pelo, cada vez más inquieto mientras los destellos laten, líneas que se iluminan de puntos suspensivos brillantes. Tras un momento, vuelve a observar las pantallas. En una de ellas se ve un tren que entra en la estación central. Es el Intercity de las dieciocho treinta y tres, puntual como siempre; se detiene en el andén siete, pero la gente parece desorientada, sin decidirse a entrar en los vagones a pesar de que las puertas están abiertas y de que ya se oye por megafonía el aviso de próxima salida. El funcionario vuelve a mirar el reloj de la mesa: en efecto, la hora exacta, pero ¡está pasando algo!... Lanza una ojeada a las imágenes otra vez, hace girar la silla y queda enfrente a la ventana del despacho. Está cubierta por una persiana de listones graduables entre cuyos módulos penetran haces temblorosos de luz amarilla. En una de las pantallas, aparece el rápido pendular de las... ¡Cómo puede ser! Ya debería estar oscureciendo y las luces de los vagones permanecen apagadas. Seguramente se han olvidado, pero... ¡aún luce el sol! ¿Qué es lo que pasa?, piensa en voz alta mientras descuelga el teléfono con gestos indecisos... No sabe lo que va a preguntar, ¡es absurdo!, escuchadme, ¿qué hora tenéis vosotros?

Durante varias semanas, me dediqué a pensar en ese tipo de situaciones. Tendrían que ser precisas, ágiles, en di-

versas zonas de la ciudad, y transmitir al lector una inquietud creciente; imágenes que hicieran vivir el fenómeno desde distintos puntos de vista y de forma convincente. No sólo el empleado ferroviario, también un labrador que se apronta a la salida del sol, ceñudo, después asustado porque la silueta naciente permanece anclada sobre el cerro. O las enfermeras que esperan el cambio de turno tras una noche de guardia, soñolientas; sus comentarios airados por la tardanza de las compañeras y, poco a poco, calladas, con una angustiada desazón. Como en otros lugares del mundo, a otras horas, unos jugadores de petanca que abandonan su partida, o los pescadores de encandilada, perplejos, ¡parece que nunca vaya a ser de noche!, sin decidirse a botar la barca, mientras la tripulación de un avión de las líneas aéreas japonesas, a la espera de órdenes, soporta las protestas alborotadas de los pasajeros por el retraso intolerable; o un grupo de aborígenes australianos, absortos ante el horizonte donde nunca acaba de ponerse el sol, ocaso inmóvil que trae consigo la señal de un cataclismo. Para algunos es de día, otros se encuentran atascados en medio de la noche, atardeciendo o a punto de amanecer. El rebaño de ovejas permanece bajo el portón, y el perro que ha de conducirlo, sentado sobre sus cuartos traseros, mueve la cabeza de un lado a otro con la lengua fuera, jadeando, hasta que se haga oficial que la tierra ha dejado de girar sobre su eje.

★★★

Estaba ávido de tiempo libre, deseoso de sumergirme de nuevo en la historia sin sufrir las interferencias de otras actividades. Necesitaba encontrar el comienzo, una sola línea inspirada y definitiva, motor de arranque para todas aquellas ideas deslavazadas. Y además, un método, imprescindible para desarrollar de forma persuasiva tantas circunstancias complicadas. Por otra parte, tenía que hacer acopio de materiales, revisar con cuidado algunos libros de astronomía, mapas, que sé yo, usos horarios, almanaques y estadísticas, tratados agrícolas o referencias a métodos de subsistencia, sistemas de control en situaciones extremas... Los seres humanos se verían afectados no sólo por la falta de alimentos, sino en su misma esencia biológica, mecanismos de secreción interna, estado mental, biorritmos... La incertidumbre inicial, un tremendo desconcierto de la humanidad entera, llevaría a situaciones de pánico, desesperanza, resignación o angustia invencible. Lo más probable es que, con el paso del tiempo, el sentimiento generalizado fuera un feroz instinto de supervivencia a cualquier precio. En la historia tendrían que intervenir diversos personajes: científicos, generales, médicos, sociólogos... Una trama en la que aparecieran analistas de catástrofes, políticos, profetas o milagreros, desalmados u oportunistas; toda clase de opiniones, desde las más versadas a las más necias.

Aquel acceso imaginativo comenzó a parecerme un despropósito. Estaba agobiado por el cúmulo ingente de posibilidades que iban y venían por mi mente. Abordarlas en forma de novela, hilada con escenas, comentarios, diá-

logos, bien argumentada, con la suficiente información, coherente y ágil, no era sino una fantasía absurda.

A pesar de todo, comencé a desarrollar esquemas, frases sueltas, ocupado en el esbozo de posibles capítulos o tomando nota a vuelapluma de algunas ideas. Entre unas cosas y otras, llené varias cuartillas, pero fui tirándolas a la papelera hasta hacerla rebosar. Recuerdo un domingo, todo el día en pijama, sin ganas de nada, en que tuve la firme tentación de dejar que la Tierra girara en paz. Pero pude sobreponerme. En primer lugar, era imprescindible reunir documentos. Antes o después iba a necesitar información. Estuve sumando mentalmente lo que precisaba, y de esa forma conseguí un nuevo estímulo para continuar.

Ahora, cuando todo ha terminado, no me arrepiento de tantos esfuerzos y puedo afirmar que no fueron en vano. Por el contrario, viví una época muy productiva, en la que alternaba recuerdos con algunas lecturas que nunca hubiera hecho de no ser por aquella misteriosa asociación en el Ampurdán. Esa silueta montañosa, que todo el mundo en la región conoce como el obispo muerto, se convierte en profesor de geografía y la Tierra detiene su movimiento de rotación.

Mi mesa de trabajo parecía la de una persona extravagante, con raros caprichos intelectuales. Antes que nada, busqué una bola del mundo. Es sencillo imaginar el giro de rotación de la Tierra sobre su eje, responsable de la suce-

sión del día y de la noche, mientras se desplaza en su órbita alrededor del Sol, lo que a su vez condiciona el paso de las estaciones. No necesitaba ninguna ayuda gráfica u objeto que hiciera asequible su comprensión, pero no pude evitar colocarla frente a una bombilla de tamaño adecuado en la habitación a oscuras, para comprobar, una vez conectado el interruptor, que cuando la bola del mundo permanecía inmóvil, sin girar sobre sí misma, sólo se iluminaba una de sus caras con cierta degradación de la luz hacia la oscuridad en forma de banda circular, o de la oscuridad a la luz, según se mire, la caída de la tarde o el nacimiento del día.

La bola del mundo fue fácil de encontrar. Cuando era un niño, se veían en los escaparates de las tiendas de efectos escolares, presidiendo las aulas o en casi todas las casas de mis amigos, de mayor o menor tamaño y en distintos modelos. Las más comunes eran sencillas, con su base de madera de pino barnizada. Un vástago metálico, sujeto por sendas arandelas, atravesaba la tierra por los polos; su inclinación, probablemente, añadía ciertas precisiones sobre la realidad astronómica o era un simple efecto estético, pero en cualquier caso le daba un aire volátil. El globo terráqueo podía girar sobre este eje, y su superficie mostraba ante los ojos del observador una sucesión de océanos azules y continentes de vivos colores, países minúsculos, otros mayores, grandes lagos o islas...

La que conseguí en los Encantes de Barcelona, después de estar toda la mañana dando vueltas, se parecía bastante a la que tuve, y desde aquel día preside mi mesa de

trabajo como un símbolo. Aun sigue ahí, a pesar de que he abandonado por completo el proyecto. La considero el emblema de lo imprevisible.

Sobre la mesa, sin embargo, no sólo estaba la bola del mundo. Al principio, había seleccionado para las consultas iniciales dos tratados de geografía, humana y física respectivamente, un atlas universal, el compendio en un sólo volumen de la historia de la ciencia, dos más sobre avances tecnológicos en nuestro siglo, varias revistas de viajes, textos de biología y botánica, un monográfico dedicado a las energías alternativas y la colección de cuadernillos dominicales sobre el sistema solar que respondía al título genérico: «Nuestro lugar en el Universo». No puedo comprender cómo es posible que los hubiera guardado en un cajón. Tal vez tuve la premonición de que iba a necesitarlos. Para comenzar me pareció suficiente, pues contaba, además, con la inevitable Enciclopedia.

Pasé muchas horas enfrascado en consultas y bastantes menos escribiendo. Cuantas más noticias recogía aquí y allá, más difícil resultaba historiarlas con cierto sentido, de mayor a menor importancia, atendiendo a las gentes y su desfavorida inquietud, la cual podía manifestar una gama de respuestas casi infinita. Me entretenía ordenando notas o las fotocopias de algunas páginas de otros libros. Colocaba una carga nueva de tinta en la pluma y, tras encender un cigarrillo, permanecía allí, quieto, fumando muy despacio. Después de apagarlo, iba a la cocina para vaciar el cenicero en el cubo de la basura, y de allí al salón, donde escogía un disco. De nuevo a la cocina para beber un vaso de agua.

Ya en el estudio, sin llegar a sentarme, me daba cuenta de que el volumen de la música estaba demasiado bajo y regresaba al salón para subirlo. Música de Ray Charles, más agua, otro cigarrillo... Margarita me preguntaba qué estaba haciendo, y yo le respondía que nada.

—Es imposible. No sé cómo continuar. Creo que toda esta historia es una tontería.

—¿Por qué no te decides por un personaje y lo vas siguiendo?

Un personaje que ejemplificara lo que estaba pasando. Describir su conducta desde el comienzo de la catástrofe... ¡Claro! El famoso hilo conductor, pero en este caso no como un recurso para escapar del caos, sino para guiar al lector hasta el corazón del laberinto catastrófico que iba a destruirlo todo. Llené varias cuartillas por las dos caras, pero pronto me sentí desalentado. Ni siquiera las introduje en el ordenador.

A veces, distraído, fantaseaba con actividades extravagantes, cultivos hipotéticos a pequeña escala que sólo podrían llevarse a cabo en alguno de los países iluminados por el Sol. En esas comunidades agostadas tal vez fuera posible poner en marcha ciertos artilugios. Se trata de sistemas toscos, simples caballetes sobre los que se extiende una lona encerada durante unas cuantas horas. El método se ha generalizado, pero las cosechas son muy escasas y los frutos, ya sean zanahorias o tomates, exigüos. No obstante, algo pueden con-

seguir unos pocos afortunados. En las regiones más boyantes se han diseñado recipientes, como grandes piscinas, sobre las que se deslizan por unos carriles láminas de distinta textura y mayor o menor transparencia. Superponiéndose unas sobre otras, hacen caer la luz solar poco a poco, hasta llegar al ocaso artificial y la noche cerrada. Tras mantenerlas en esa posición durante el tiempo adecuado, comienzan a separarse en el orden contrario. En las zonas ricas del norte han construido gran número de balsas hortícolas mecanizadas, introduciendo tecnologías que adecúan la temperatura del cultivo, el grado de humedad, la renovación del aire y otros parámetros, según se cultiven rábanos o espárragos trigueros. De esta forma se busca conseguir varias cosechas al año, pero los costes de producción son muy altos. Hay que contar con el personal de seguridad necesario para proteger las instalaciones de asaltos e intentos de robo, además del inevitable concurso de geófonos, químicos u otros expertos, lo que, unido al gasto energético, hace que el producto resulte prohibitivo. Una simple escarola o un puñado de judías verdes llegan a cotizarse a precios astronómicos, y muy pocos pueden permitírselas de vez en cuando. Además, hay algo que falla en la calidad de estos vegetales. Los análisis bromatológicos han demostrado que se trata del nutriente de siempre. La composición en hidratos de carbono, vitaminas y oligoelementos es la misma y en cantidades idénticas, así como su poder calórico, pero todo el que las consume coincide en que percibe algo distinto, para unos la textura, para otros el sabor... Los más hipocondríacos se quejan de que las digestiones son difíciles.

Seguramente, las plantas no pueden ser engañadas del todo. Quién sabe si no perciben que se trata de un ciclo artificial, no como era antes el paso del día a la noche, y responden con sutiles cambios. Sin embargo, si de alguna forma son capaces de captar la diferencia ¿cómo lo consiguen?, ¿de qué manera se dan cuenta?, ¿habrá de aceptarse que poseen detectores sensibles a esos cambios, o que los están desarrollando? Mientras tanto, algún bromista, siempre los hay incluso en circunstancias extremas, ha sugerido que se decore la superficie interna de la última capa, la que actúa como noche cerrada al cubrir el huerto artificial, con las estrellas y la luna. Queda por averiguar si las plantas agradecerán el símil o, por el contrario, resintiéndose aún más al percibirlo como una mofa, respondan con mutaciones capaces de vengar su perspicacia herida y den lugar a intensos despeños diarreicos a quien las ingiera.

Era mucho más sencillo imaginar situaciones grotescas e ironizar mentalmente sobre ellas que escribir frase tras frase, párrafos bien ligados con un lenguaje rico, sin que llegara a pesar, comprensible, evocador. No obstante, escogí al personaje en cuestión, como me había recomendado Margarita: un profesor de enseñanza media. El día de la fatídica detención, se refugia en su despacho del instituto con la mente en blanco, procurando sobreponerse a una sorpresa más que regular. No consigue explicarse lo sucedido. Intenta llamar por teléfono a su mujer, marca los nú-

meros una y otra vez, pero no hay línea y se va a casa como suele hacer cada día, a media tarde. Lo normal para la época del año hubiera sido con el sol muy bajo, las calles umbrías y las primeras luces de los faroles, pálidas aún, que reclaman un lugar en la penumbra. No obstante, en ese atardecer luce el sol de mediodía. Los faroles, encendidos automáticamente, dada la hora, parecen espectros sin esperanza alguna de llegar a brillar. Hay mucha gente en las calles, algunos solitarios, otros en corrillos, muchos caminan desorientados. También se ven circular coches, pero ningún transporte público. De vez en cuando, suenan sirenas; aullidos que no hacen sino aumentar la inquietud, repitiéndose uno tras otro. Al llegar a casa encuentra a su mujer y a los niños. No sabe qué decir. Está tan asustado como ellos, pero logra sobreponerse. Quiero que os deis cuenta de que, a partir de ahora, siempre lucirá el sol. Un día tras otro, insiste mirando a los niños, un mes, luego otro, pero siempre de día. Después se queda pensativo. Eso es lo que parece deducirse de la situación, así lo ha comentado su colega, el profesor de geografía. Las noticias que escucharon en los informativos de urgencia lo corroboran. Continúa en silencio, y su mujer le aprieta las manos. Los ojos de ambos, que ya comienzan a humedecerse, se transmiten con la mirada el acuerdo de evitar a toda costa asustar a los niños. Ambos hacen pucheros, más por la actitud de sus padres que por un hecho que son incapaces de evaluar en toda su magnitud. Por otra parte, a esas horas están cansados y no replican cuando su madre se levanta para indicarles que deben irse a la cama.

Cuando ya están dormidos, el profesor y su mujer tienen una larga charla en la que alternan sollozos y gestos de impotencia.

—El profesor de geografía, ya le conoces, siempre gesticulando, hiperactivo, estaba paralizado. Sólo podía hablar con una voz lúgubre y monótona. Casi costaba comprender lo que decía, pero lo repitió una y otra vez. ¡No hay duda, se ha parado! Escuchamos la radio en el despacho del director, pero él no apareció en toda la tarde. Cuando vino la señora de la limpieza, nos dijo que su coche seguía en el aparcamiento, frente al instituto. ¡Pero bueno, qué más da! Sí, el caso es que... en fin, no sé cómo acabará todo esto, pero estoy muy asustado.

Su mujer, que ha estado escuchando con el gesto sombrío, le interrumpe.

—Hemos de tomar una decisión ahora mismo. Mañana nos vamos a casa de mis padres. En el pueblo estaremos mejor. Esto acabará muy mal, y allí podremos defendernos mejor.

—Sí, desde luego, tienes razón —le responde él.

En aquella época, yo pasaba muchas horas redactando páginas y más páginas. No parecía existir otro asunto sino aquél, y cualquier otra actividad me llevaba al mismo tema. Recuerdo que una tarde de sábado Margarita me sacó del ensimismamiento: